

 **REY
D**ESNUDO 
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Facundo Roca, *Morir en Buenos Aires. Sensibilidades y actitudes frente a la muerte en el Río de la Plata (1770-1820)* (Buenos Aires: SB, 2023)*.

Nicolás Sanseverinatti

Universidad Nacional del Litoral

nicosvtt@gmail.com

Fecha de recepción: 21/10/2024

Fecha de aprobación: 01/11/2024

El sentido que le atribuimos a la muerte ha mutado a lo largo del tiempo y del espacio, a la vez varía de cultura en cultura. Es un acontecimiento biológico, como muchos otros. Sin embargo, por su carácter intransigente e irreversible, ha despertado diferentes reflexiones durante toda la existencia del hombre como especie. La contracara de la vida es la muerte: los diversos grupos humanos han desarrollado múltiples estrategias, explicaciones y respuestas para brindar tranquilidad al moribundo en sus postrimerías, pero también llenar el vacío que su ausencia dejaba en el tejido social de la comunidad. De un hecho biológico se

*Agradezco a Facundo Roca por proporcionarme una copia de su libro para la escritura de esta reseña.

desprende uno social. Los seres humanos somos los únicos que tomamos conciencia de esta problemática: por nuestro propio deseo de trascendencia y de fragilidad.

Este tópico ha sido ampliamente abordado en las últimas décadas, no obstante, seguimos con insuficientes producciones en estas latitudes. El trabajo de Facundo Roca, *Morir en Buenos Aires. Sensibilidades y actitudes frente a la muerte en el Río de la Plata (1770-1820)* es un paso firme en la concreción de lograr reflexiones verosímiles y auténticas sobre este tema en nuestro propio espacio. En este sentido, este libro se posiciona en un momento bisagra: el cambio del siglo XVIII y el resquebrajamiento del orden colonial. A su vez, esto trae aparejado una mutación muy profunda: el paso de una piedad y espiritualidad barroca a una ilustrada de nuevo cuño en territorio rioplatense. La primera de carácter teatral, gestual, pública y comunitaria le imprime a la muerte su tendencia omnipresente, heterogénea y diversa.

Los años de fervor revolucionario no solo evidencian las nuevas tendencias políticas en esta ciudad-puerto de los confines del imperio español. Al mismo tiempo, dan cuenta de la penetración de nuevas teorías e ideas que renuevan la visión sobre viejas prácticas y creencias: con la llegada y difusión de las ideas ilustradas, el modelo imperante de muerte se empieza a agrietar como el mismo pacto colonial. Surgen nuevos conceptos: la utilidad y la idea de bien público ganan terreno y comienzan a perfilarse como estandartes que funcionarán a modo de faro a lo largo del siglo XIX. Difícilmente los contemporáneos pensaban que, mientras se prohibían los entierros en las iglesias y un grupo de trabajadores colocaba los ladrillos del pórtico de entrada del “Cementerio Norte”, la muerte se iba replegando a un espacio más íntimo y familiar: una nueva sensibilidad se estaba fraguando, una piedad que se superponía a la barroca y la modificaba.

Desde una perspectiva interdisciplinar, que logra aunar metodologías de corte cualitativo pero también cuantitativo, Roca nos propone aproximarnos a la pluralidad de sentidos, religiosidades y sensibilidades colectivas sobre la muerte en la Buenos Aires tardocolonial, junto con la década revolucionaria. Desde una lectura a contrapelo, se aleja de la fuente más tradicional para los estudios de esta índole —los testamentos— y nos propone un recorrido amplio por textos piadosos, expedientes administrativos, publicaciones periodísticas, constituciones de cofradías, obras artísticas, relatos de viajeros, reales cédulas, epitafios, entre otros. Este libro es el fruto de la tesis

doctoral de Facundo Roca, elemento que se visualiza en la solidez de sus argumentaciones y coherencia en las problemáticas abordadas en cada capítulo.

Podríamos agrupar el libro de Roca en tres bloques diferenciados. El primero engloba los dos capítulos iniciales, los cuales dan cuenta de las características de la muerte barroca. En el segundo, encontramos tres capítulos que nos ilustran sobre tres tópicos centrales en su reflexión sobre la muerte: los ritos, los testamentos y la territorialidad —iglesias y cementerios—. El último bloque abarca los últimos dos capítulos, que se focalizan en la crisis de este modelo de piedad y el surgimiento de una nueva sensibilidad ilustrada.

El trabajo de Roca comienza con un apartado introductorio que nos brinda algunas premisas esenciales a la hora de leer su trabajo: una hoja de ruta, pero también una declaración de intenciones. Aquí se presentan cuatro apartados referidos a una conceptualización de la muerte, un estado de la cuestión, el recorte temporal-espacial, las hipótesis y algunas consideraciones metodológicas. En este sentido, destaco la preocupación por poner el foco en la muerte como tópico a ser desnaturalizado y problematizado. Es por ello que desde estas primeras líneas se intenta construir un discurso que se funda sobre bases sólidas y no sobre supuestos del sentido común: nos coloca a todos sobre la misma página. Si bien la bibliografía de referencia que se utiliza es de mayoría europea, Roca incorpora diferentes aportes de otros académicos del país, elemento que enriquece el trabajo ya que nos permite matizar aquellas visiones eurocéntricas y pensar la muerte en nuestro territorio bajo sus propios términos y parámetros.

De este modo, el primer capítulo aborda la sociedad y la cultura de la época. En una exposición corta, Roca logra resumir una temática compleja como el barroco, con sus mutaciones y especificidades en el Río de la Plata, junto con su visión de la muerte. A través de imágenes, poesías, cartas y crónicas condensa una serie de argumentos que posibilita aprehender la muerte en su piedad barroca fácilmente incluso para un público lego. La descripción densa, como metodología, nos aproxima a una religiosidad que es ajena y cercana en partes iguales. Este apartado presenta los elementos centrales para comenzar a pensar la muerte como parte de la sensibilidad y espiritualidad de la Buenos Aires tardocolonial: a la vez que funciona como antesala directa del siguiente.

El segundo capítulo da cuenta de manera más precisa y concisa lo referido a la muerte como un hecho biológico que se transforma en social. Es decir, trabaja la enfermedad y la muerte como las postrimerías de la vida. La premisa que estructura, entre líneas, este capítulo es la creciente tensión que comienza a gestarse entre el saber médico-científico y el discurso religioso sobre el tema que aquí nos reúne. Queda en evidencia que el proceso de medicalización de la muerte es parcial y precario en su importancia. Sin embargo, en este periodo comienzan a perfilarse sus lineamientos generales, los cuales cada vez se asentarán sobre bases más sólidas al calor de los progresos del siglo XIX, el pensamiento ilustrado y los avances en materia científica y terapéutica. Este apartado, por cuestiones del recorte temporal del autor, solo trabaja aquellos primeros pasos en este proceso y, como tal, se aborda primordialmente la influencia del imaginario barroco en la actitud del enfermo sobre su propia enfermedad y muerte. A su vez, se plasma aquello que el autor denomina buena muerte¹.

El tercer capítulo trata sobre los ritos de la muerte. Aquí Roca los divide en dos momentos: por una parte, unos referidos a la muerte en específico, junto con el velorio y el entierro y, por otra, aquellos cuya función es recordar u honrar la memoria del fallecido. En este sentido, se tiene en cuenta la dimensión comunitaria de la muerte, pero también la experiencia íntima de los moribundos y su familia. Un elemento interesante es que el autor otorga cierta importancia a la diferencia que puede haber entre lo escrito y la praxis. En la sensibilidad barroca el espacio público y la teatralidad ocupaban un lugar central. Es por ello que a lo largo de este capítulo se intenta desmontar las hipótesis del carácter igualador de la muerte, sostenidas, por ejemplo, por Aries. Roca propone una visión conflictiva y tensionada, en la cual los diferentes actores intentaban apropiarse de un capital simbólico, que no se acababa con el último respiro del moribundo, sino que perduraba mucho más. El capítulo finaliza con los cambios operados durante estas décadas que han llevado a romper esa vivencia comunitaria de la muerte, para dar lugar a una más íntima y personal. Una realidad que, si bien solo se comienza a bosquejar en las décadas que este libro atañe, sí va a ser una característica que tomará fuerza durante la sensibilidad romántica del siglo XIX.

1 Para ampliar información recomiendo la lectura de Philippe Aries, *Historia de la Muerte en Occidente*. (Barcelona: El Acantilado, 2010).

En el siguiente capítulo Roca trabaja sobre una de las fuentes primordiales para el estudio de la muerte: los testamentos. En esta sección, el autor utiliza metodología de corte cuantitativo para poder establecer generalizaciones verosímiles. Se presenta este tipo de documentos no como netamente económicos o espirituales, sino como una amalgama de ambos. En este sentido, propone un recorrido que marca la existencia de preocupaciones tangibles y terrenales, pero también muchas otras que implican el paso a la otra vida de una manera acorde a la piedad de la época. Si bien esta se encuentra en un momento bisagra de cambios, muchos elementos de la antigua espiritualidad perviven.

El quinto capítulo se dedica a la espacialidad de la muerte en la Buenos Aires tardocolonial. En este apartado destaco la coherencia argumentativa y de concatenación de las ideas en la explicación. Desde un principio, Roca repone la información que puede ser desconocida para el lector y permite desnaturalizar una problemática central en la historia de la humanidad con respecto a la muerte: ¿qué hacemos con los restos/cadáveres de la comunidad? A partir de esta pregunta se establece una afirmación: “en las sociedades del Antiguo Régimen, el espacio funerario constituía un ámbito heterogéneo y jerarquizado” (p. 168). En este sentido, las relaciones sociales presentes en el mundo de los vivos permeaban al de los muertos. La espacialidad tenía una relación directa con el plano de lo simbólico y de la producción de sentidos.

Roca dedica el sexto capítulo a la crisis de la piedad barroca y la penetración de las ideas ilustradas en varias dimensiones de lo social, entre ellas la muerte. Desde la humildad hasta la intimidad y la moderación; los nuevos preceptos comienzan a calar hondo en la sociedad tardocolonial. Si bien, por el recorte temporal, solo se bosquejan los primeros pasos en esta dirección, no es menor destacar cómo la espiritualidad en su aspecto más experiencial comienza a mutar. Como ya hemos dicho, esto trae aparejados cambios en la muerte. Progresivamente, se prioriza la privacidad, por lo que gana peso la tendencia de desocialización de la muerte. El discurso ilustrado, sostenido por la élite letrada, la burocracia borbónica y el clero secular critican lo fastuoso de la religiosidad barroca. La muerte se repliega del espacio público hacia lo doméstico.

El último capítulo de la obra de Roca trabaja las polémicas en torno a la creación de un cementerio extramuros en la ciudad de Buenos Aires. Lejos de ser anecdótico, el historiador resalta

los cambios que habilitan a que se pase de una férrea resistencia al decreto con la creación del flameante “Cementerio Norte” en un lapso de cuarenta años. Sin embargo, este hecho es de relevancia fundamental: da cuenta de cómo las nuevas ideas van ganando terreno por sobre la expresividad barroca. Esta dislocación entre el mundo de los vivos y de los muertos marca que la individualización de la muerte se erige como nuevo paradigma que va a definir gran parte del siglo XIX. En la reconstrucción de este derrotero, el autor aclara que no son etapas que se suceden sino que los procesos se solapan y superponen.

El libro finaliza con un epílogo en el que se recoge lo expuesto a lo largo de todo el trabajo de Roca: los contornos de la muerte barroca. Este funciona a modo de resumen de todo lo expuesto a lo largo de las más de doscientas páginas que posee esta obra. Brinda sentido a los argumentos presentados y permite darle al lector una última visión global del tema. En esta tensión entre pervivencias y cambios, el historiador propone una lectura novedosa de la problemática de la muerte en el Buenos Aires tardocolonial. Incorpora nuevas fuentes y se aleja de los testamentos como único modo de acceder a este tópico, por lo que el autor nos brinda una visión de conjunto. A su vez, si bien se encuentra en diálogo con referentes europeos, también incorpora académicos de estas latitudes. La elección de ese recorte temporal tan “denso” históricamente permite esquematizar de manera clara los principales atributos de la piedad barroca y los cambios que ésta sufre durante las postrimerías del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Aunque el acceso a las fuentes puede ser un encomio, considero que hubiese sido fructífero profundizar en las expresiones de la muerte por parte de los sectores populares, y mayoritarios, de Buenos Aires. A su vez, en concomitancia con esto, pero incluso una tarea más hercúlea que la anterior, se hubiese podido trabajar sobre otras religiosidades que abarcan el mundo de la muerte en este momento como la de personas esclavizadas, además de otras expresiones sincréticas. Sin embargo, recomiendo la lectura de este trabajo para todo aquel que quiera reflexionar y desnaturalizar aquello que incluso nos parece inmutable. *Morir en Buenos Aires...* es una puerta de entrada a (re)pensar lo que nos hace humanos.